

Trabajo técnico: Coronavirus, falacias y fakenews

Autor: Berni Lerma

Un amigo de Covi.inde me sugiere la posibilidad de colaborar con ellos en la tarea de ayudar a las personas que por su situación personal pueden estar viviendo con mayor angustia esta crisis que todos estamos padeciendo. Mi condición de profesor de Filosofía ya jubilado me hace dudar de que yo pueda ser una ayuda útil para nadie (los filósofos tenemos muy asumido que el nuestro, de serlo, no es un saber nada práctico), pero nunca me perdonaría que por semejante prejuicio pudiera dejar de echar una mano a personas que en estas circunstancias lo necesiten.

¿Qué nos podría aportar la filosofía en estos momentos? A todos nos suenan frases que de tan manidas se han hecho tópicos como que “eso es pura filosofía” o “no me vengas con filosofías”. En el otro extremo nos encontramos con consejos, algunos de los cuales titulan sendos libros como “más Platón y menos Prozac” o sencillamente “hay que tomarse las cosas con filosofía”. En el fondo esas alusiones parten de una idea de la filosofía como un discurso moral, existencial, psicológico en cierto modo. Cuando no apunta a las que se suele denominar como cuestiones transcendentales del ser humano, las que apelan a temas como nuestro origen, la vida, la muerte, el más allá.

No había pensado, al menos en esta primera intervención, enfocar las cosas de esa manera. Tal vez resulte de entrada más aséptico (y una dosis de asepsia puede venir bien en tiempos de epidemia) comenzar con una aproximación desde la lógica a algunos de los problemas que la dichosa pandemia nos está generando a nivel del conocimiento y del razonamiento formal.

Cuesta entender que en una situación tan dramática como la que estamos viviendo haya personas que se dediquen a difundir por la red o en medios de comunicación noticias falsas, no sabemos muy bien con qué finalidad, pero lo que es evidente es que provocan un mal enorme. Siempre cabe la posibilidad de que sean máquinas las que generen de manera espontánea esas pseudo-noticias, esa desinformación por usar una expresión benévola, pero indudablemente detrás de la máquina o el dispositivo en algún momento ha actuado la mano y el cerebro humano.

El propósito de estas páginas es aproximarnos a algunos de los instrumentos que nos ofrece la Lógica para que podamos analizar noticias, informaciones, argumentos que, a pesar de su aspecto de veracidad, no lo son, eso que en Filosofía llamamos falacias. Si somos capaces de detectar alguna en el tsunami de informaciones que nos están llegando durante nuestro encierro, nos daremos por satisfechos.

A qué llamamos verdad: distintas teorías.

“No es verdad lo que me estás diciendo”, “si fuera verdad no estaríamos así”, “¿de verdad me quieres?”, “juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad”, “en verdad en verdad os digo”, “es verdad que el agua hierve a 100 grados”, “es verdad que cuando aumenta la demanda aumentan los precios” Éstas y otras muchas frases serían ejemplo de cómo este concepto está absolutamente arraigado en nuestro lenguaje, ya sea popular, jurídico, religioso, científico, etc. A pesar de la ligereza con la que solemos hablar acerca de la verdad de los enunciados (de las cosas ya parece más discutible), nada menos que todo un Inmanuel Kant en el siglo XVIII sostenía que si realmente hay algún problema difícil con el que se haya enfrentado la Filosofía (y lo decía con mayúsculas) éste es el de qué entendemos por verdad. Y nosotros, sin embargo, lo damos por hecho. No me resisto a citar sus palabras:

“La antigua y conocida pregunta, con la que se pensaba poner en un compromiso a los lógicos y con la que intentaba llevarlos a una situación en la que o bien tuvieran que caer en un deplorable círculo vicioso, o bien reconocer su ignorancia y, consiguientemente, la unidad de todo su arte, es ésta: qué es la verdad” (Crítica de la Razón Pura, A58, B83)

Si el objetivo de esta sesión es saber si disponemos de algún criterio para discriminar entre las noticias veraces y las *fake news* (en adelante las voy a llamar noticias falsas sin más) que están

apareciendo en cascada con el tema del coronavirus, parece obligado que antes nos aclaremos con lo que queremos decir cuando hablamos de que algo es verdad. Y eso inevitablemente pasa por analizar algunas de las respuestas que los filósofos han dado a esta pregunta.

En esencia, y siguiendo un hilo cronológico, podríamos hablar de las siguientes teorías de la verdad:

a) Como correspondencia: uso apofántico del lenguaje

Aristóteles sostenía que todas las oraciones son significativas por convención, pero sólo a algunas de ellas las podemos llamar enunciados (también juicios, o proposiciones, es igual). Y es a aquellas que cumplen tres condiciones, a saber: que tengan sentido propio, que sean afirmativas o negativas y que tengan “uso apofántico”. ¿Qué quería decir con esta extraña palabra? Pues que sean susceptibles de ser consideradas verdaderas o falsas. De esta manera Aristóteles introduce, como quien no quiere la cosa, un caballo de Troya en la Filosofía que tendrá interesantísimas consecuencias. Hay que decir, en honor a la verdad (y lo digo con toda la intención) que ya los presocráticos dieron mucha guerra con este tema, como pronto vamos a ver.

La pregunta de cuándo un enunciado es verdadero, obligaba al paripatético (también conocido como el Estagirita) a comprometerse con algún concepto de verdad. Su apuesta es por una teoría que damos en llamar de **la verdad como correspondencia**, que sostiene que la verdad es la coincidencia (correspondencia) entre lo que decimos y las cosas, o lo que viene a ser lo mismo entre lo que enunciamos y lo que hay, entre lo que dice el lenguaje y lo que hay en la realidad. Así,

un enunciado es verdadero si lo que dice coincide con la realidad. En caso contrario será falso. Y, lo que es muy importante, no hay una tercera posibilidad. “Estamos en el pico de la pandemia” será un enunciado verdadero si se comprueba que a partir de este momento los casos empiezan a decrecer y será falso en caso contrario. Cómo se puede comprobar: con el recurso a la experiencia, es decir, comparar el recuento de los casos que se han dado hoy con los que se darán en días sucesivos. Y dicho sea de paso, ojalá sea así.

b) Como coherencia: la paradoja del mentiroso

Pero, claro, esta teoría aparentemente obvia y de sentido común presentaba algún que otro problema. ¿Qué ocurre cuando queremos hablar de verdad (o falsedad) y no hay un correlato empírico de nuestro discurso. Por ejemplo, si alguien sostiene que “Ulises evitó escuchar los cantos de sirena” diremos que es verdad o no. Si nos fiamos de lo que Homero nos cuenta le tendremos que dar la razón. Está claro que Ulises era consciente del peligro de dejarse llevar por los cantos de sirena y lo evitó de todos modos. ¿Eso significa que ocurrió en la realidad? Parece que no, que es una historia fruto de la imaginación del poeta. Pero en relación a ese cuerpo teórico, *La Odisea*, el enunciado es verdadero. Y lo es por su **coherencia** con el relato al que se refiere, en este caso la mitología clásica.

c) Semántica: lenguaje y metalenguaje.

Parecía que esta teoría ponía las cosas en su sitio al liberar al concepto de verdad de su dependencia estricta de las

cosas físicas. Diríamos que con esta nueva definición de lo que es la verdad el problema quedaría, al menos por una temporada, resuelto. Pero no era así. Supongamos que digo que yo soy un mentiroso. ¿Esto que acabo de decir es verdadero o falso? Si yo soy un mentiroso, lo contrario de lo que digo es verdad (que no soy un mentiroso). Pero si no soy un mentiroso, entonces lo que digo también será verdad, es decir, que soy un mentiroso. ¡Menudo lío! ¿no? Pues este es el torpedo a la línea de flotación que lanzó Epiménides el cretense con su famosa **paradoja** a propósito de la llegada de un barco al puerto de Corinto. Esto se ve más claro si lo formalizamos lógicamente (cosa que excede en estos momentos el propósito de estas páginas), pero siempre podemos, sin forzar demasiado las normas, servinos de una semiformalización o una manera más intuitiva de verlo. Por ejemplo: Si A entonces no A y si no A entonces A. Esto en la lógica, especialmente aristotélica, la que llamamos clásica, sería sencillamente un desatino porque atentaría directamente contra uno de sus principios básicos, el de contradicción, el que sostiene que no se puede predicar simultáneamente de un enunciado verdad y falsedad.

Luego la pregunta de qué entendemos por verdad lejos de estar resuelta se encontraba en un momento bien complicado. Hay que decir además que algunos filósofos, como los megáricos y los sofistas disfrutaron de lo lindo con el juguete recién descubierto. ¿Había alguna posibilidad de salir de este círculo vicioso? Sólo en cierto modo.

Algo que pone de manifiesto la **teoría semántica de la verdad es que** el problema de las paradojas (también) tiene que ver con el hecho de confundir algo tan básico como los niveles de lenguaje. Una

cosa es que yo diga que el ordenador con el que escribo está a punto de colgarse, a que diga que el ordenador con el que escribo es polisílabo. ¿Todos lo vemos claro, verdad? Cuando hablo de ordenador, en el primer caso, me estoy refiriendo a la máquina con la que estoy escribiendo. Pero en el segundo estoy refiriéndome a la palabra que usamos para designar a ese objeto. En términos más técnicos, en el primer caso uso el lenguaje, en el segundo lo menciono. El segundo, respecto del primero es un metalenguaje. Un lenguaje acerca de otro lenguaje. Aceptamos la convención de que cuando me refiero al objeto (ordenador) uso el lenguaje y no empleo comillas. Cuando me refiero a la palabra, menciono ("ordenador"), me muevo en el nivel del metalenguaje.

Si se tuviese la precaución de utilizar este recurso tipográfico, las comillas, para distinguir cuándo se usa y cuándo se menciona el lenguaje, puede que el problema no se produjese. Déjame el ordenador. Sabemos de qué estamos hablando, ¿verdad? "Ordenador" es una palabra equívoca. También, ¿no? Bueno, pues parece simple, problema resuelto. O no. La teoría semántica de la verdad más que resolver el problema al que nos abocan las paradojas lo que hace es disolverlo, evitar que caigamos en ellas al usar rigurosamente el lenguaje, lo que no significa que desaparezcan los problemas en torno al concepto de verdad.

d) **Realizativa: compromiso de ratificación.**

No vayamos tan aprisa. Vamos a ver qué pasaría con expresiones curiosas como autológico y heterológico. Comencemos por definir lo que significan estos adjetivos. Entendemos por autológica

aquella expresión que se puede aplicar (predicar dirían los lógicos) a sí misma. Por ejemplo, "polisílabo es polisílabo", "español es español", "català es català", "english es english" etc. Por el contrario, llamamos heterológica la expresión que no se puede aplicar a sí misma. Por ejemplo, "bisílabo no es bisílabo", "catalán no es català", "aguda no es aguda" (nos referimos a las palabras) y otras muchas más. ¿Se ha entendido? Si es así, sigamos adentrándonos en el apasionante mundo de las paradojas. En función de las definiciones que hemos estipulado, ¿podemos decir que autológica es autológica? Seguramente diremos que sí sin dudarlo, ya que la expresión "autológica" cumple la condición: poderse aplicar, o predicar, de sí misma. Luego, algo parecido debería suceder con su antónima, ¿no? Veamos, planteémonos la pregunta: ¿"heterológica es heterológica"? Si decimos que sí, nos metemos en un lío, porque "heterológica" será entonces una expresión que, al aplicarse a sí misma será, por tanto autológica. Y esto no parece muy serio, que heterológica siga también su contrario. Siempre nos queda la otra opción, decir que no. ¿Qué pasa entonces, que si "heterológica no es heterológica", pues entonces ha de ser lo opuesto, autológica, y de nuevo estamos en el mismo callejón sin salida? Si heterológica no es heterológica, entonces es autológica. Y si heterológica es heterológica, entonces es autológica. En cualquier caso acabamos concluyendo que heterológica es autológica. Parece pues que volvemos al punto de partida, al que nos había conducido la paradoja del mentiroso.

Ante la dificultad de salir de este *cul de sac* (*aporía* lo llamaban los griegos) al que nos conduce la circularidad del lenguaje (en realidad el problema viene de la autoreferencia de los enunciados), algunos optan por proponer que la

expresión “es verdad que” no es otra cosa que una especie de compromiso de ratificación entre el emisor y lo que dice. Es a lo que Austin llamaba **teoría realizativa de la verdad**. El problema es que esta teoría dejaría a la verdad en una posición un tanto delicada, reducida a una mera redundancia. No habría gran diferencia entre decir que hoy hace un día radiante a decir “es verdad que” hoy hace un día radiante.

e) Comunicativa: el acuerdo como criterio.

En esa perspectiva, que pone el énfasis en el carácter metalingüístico de la expresión “es verdad que”, pero que acentúa no tanto el carácter convencional del lenguaje sino su índole **comunicativa**, contamos con la teoría que sostiene que el emisor y el receptor no sólo comparten un código lingüístico y el acceso a un canal material sino también la creencia de que es posible la comunicación. Aunque ésta no sea perfecta (pensemos, por ejemplo, en los prejuicios o en los intereses personales, las limitaciones de la información, etc.), es posible pensar en una situación, llamémosle ideal, en la que los hablantes podrían prescindir de todo aquello que dificulta su comunicación. En esta situación llegaríamos a acuerdos sobre lo que es verdadero. En otras palabras: diríamos que un enunciado es verdadero si aparece legitimado en un discurso teórico, de manera que los participantes en el debate hayan reconocido la pretensión de validez esgrimida por quien establece la proposición.

f) Práctica: *Las tesis sobre Feuerbach.*

Junto a las teorías que acentúan el

funcionamiento del lenguaje para definir qué es la verdad, hay autores que lo que destacan es el papel de la sociedad o de las condiciones prácticas. Entre ellos estaba Carlos Marx, que lo expresa de esta manera en sus *Tesis sobre Feuerbach*:

“La cuestión de si al pensamiento humano le corresponde una verdad objetiva no es en absoluto una cuestión teórica sino una cuestión práctica. En la praxis el hombre ha de probar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. El conflicto sobre la realidad o irrealidad del pensamiento -que está aislado de la praxis- es una pura cuestión escolástica (...) Toda la vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inclinan la teoría hacia el misticismo encuentran su solución racional en la praxis humana y en la comprensión de esta praxis”

Todo en coherencia con un pensador para quien una parte del problema era que los filósofos llevaban demasiado tiempo intentando comprender el mundo, cuando de lo que se trataba era de transformarlo. Una buena apreciación, aunque no parece que nos situase en la respuesta a la pregunta que nos planteábamos al principio: qué es la verdad.

El contrapunto a las certezas relativas (la expresión en sí ya soporta una dosis importante de incoherencia) de los filósofos la encontramos en las acertadas palabras de Fernando Pessoa:

“Ningún problema tiene solución. Ninguno de nosotros desata el nudo gordiano; todos nosotros o desistimos o lo cortamos.

Decidimos bruscamente, con el sentimiento, los problemas de la inteligencia, y lo hacemos por el cansancio de pensar, o por timidez de sacar conclusiones, o por la necesidad absurda de encontrar una ayuda, o por el impulso gregario de volver a los otros y a la vida. Ya que nunca podemos conocer todos los datos de una cuestión, nunca podremos resolverla. Para llegar a la verdad nos faltan suficientes datos, y procesos intelectuales que agoten la interpretación de estos datos".
(Libro del desasosiego, pág. 138)

Tipos de paradojas.

En su acepción más frecuente llamamos paradójica a toda expresión que contiene enunciados contradictorios entre sí, de manera que cada uno implica necesariamente su contrario y viceversa, sin que se pueda dar el caso de que los dos sean verdaderos al mismo tiempo. Es este carácter de circularidad o de autorreferencias lo que constituye la propia esencia de la paradoja y lo que dificulta los intentos de solución. Una contradicción en la que no se dé esta circularidad no es una paradoja.

Las paradojas se conocen desde la antigüedad. Ya hemos hecho referencia antes a los megáricos. Éstos formularon diversas paradojas con la finalidad de negar el movimiento, algo que resultaba obvio por otra parte. En la Edad Media hubo también un gran interés por este tipo de problemas a los que se solía calificar de "insolubles". Algo parecido ocurre en la Edad Moderna: Kant, al que ya nos hemos referido antes, empleaba este término en un sentido más epistemológico que lógico y

en su famosa Crítica de la Razón Pura (KRV) habla de paralogismos y antinomias para referirse a las contradicciones de la Razón Pura cuando se adentra en el terreno del conocimiento y abandona el del pensamiento. Pero este sería otro tema, muy interesante por cierto, pero que nos alejaría de lo que ahora estamos intentando aclarar mínimamente.

En 1926 el filósofo anglosajón Ramsey clasificó las paradojas en dos tipos:

- Sintáctica: Tienen como referencia exclusiva la utilización lógicamente defectuosa de conceptos básicos de la Lógica y la Matemática. Éstas aparecieron sobre todo en el primer cuarto del siglo XX.
- Semánticas: Tienen como referente el uso que hacemos del lenguaje.

Os dejamos aquí con ellas para que indagéis en las fuentes que tengáis a mano, ya sean digitales o todavía "analógicas". Queda hecha pues la primera propuesta de trabajo personal.

Qué es una falacia: tipos de falacias.

Aunque no sé si confiar mucho en ti, posible lector, porque dudo mucho de que tengas ganas, porque eres un vago, o vaga, igual me da. ¿Qué se puede esperar de una persona ignorante como tú? Y te lo dice alguien que sabe, que conoce perfectamente de lo que habla, o sencillamente te lo digo porque sí, lo digo yo y basta.

Si has sido capaz de llegar hasta aquí y no has tirado antes los folios a la basura (si es que has tenido la paciencia y el recurso de imprimirlos) o apagado el ordenador, es porque habrás captado el

sentido de mi provocación que no es otro que ir preparando el camino para hablar de las **falacias**, otra bestia parda de la Filosofía. ¿De qué estamos hablando? Nada menos que de **argumentos**, pero no de argumentos cualesquiera, sino de un tipo de argumentos que a pesar de su aspecto de veracidad son absolutamente falsos. Bueno, esto parece un tanto redundante, porque si son falsos, ya son absolutamente falsos, claro está. Pero es que el lenguaje tiene estas trampas.

En su *Ensayo sobre el entendimiento humano*, John Locke, un empirista inglés del siglo XVIII contemplaba cuatro tipos de argumentos (?) - ya entenderéis después el sentido de esta interrogación- Nos serviremos de sus palabras para saber algo de ellos

- Ad verecundiam: *“El primero consiste en invocar las opiniones de los hombres que por su inteligencia, por su doctrina, por su eminencia, por su poder, o por alguna otra causa, han adquirido fama y han establecido su reputación en grado de autoridad ante la opinión común. Cuando los hombres han sido elevados a alguna clase de dignidad, se piensa que es falta de modestia, en otros, contradecir a aquellos en cualquier cosa, o poner en duda la autoridad de aquellos que ya están investidos...”*
- Ad ignorantiam: *“Un segundo medio del que se valen los hombres para acorralar a los otros, obligarlos a someterse a sus juicios y a aceptar la opinión debatida, consiste en exigir al adversario que admita la prueba alegada o que ofrezca una mejor...”*
- Ad hominem: *“Un tercer medio consiste en presionar a un hombre a consecuencias sacadas de sus propios principios o de lo que ha concedido...”*
- Ad iudicium: *“El cuarto se basa en la utilización de pruebas sacadas de algunos de los fundamentos del conocimiento o de la probabilidad. Es el que llamo argumento ad iudicium. Entre los cuatro, solo éste lleva en sí mismo verdadera instrucción y nos avanza en el camino del conocimiento...”*

Y ahora sabremos porqué el interrogante de arriba. Continúa Locke:

“... Porque: 1) No se deduce que la opinión de otro hombre sea correcta solo porque no quiero contradecirlo en virtud del respeto que inspira, o en virtud de cualquier otra consideración, excepto la de estar convencido. 2) No quiere decir que alguien vaya por el buen camino o que yo haya de seguir su camino sólo porque no conozca otro mejor. 3) Tampoco se deduce que alguien esté en posesión de la verdad, sólo porque me haya demostrado que yo estoy en la falsedad. Bien puede ser que yo sea modesto, y que por eso no me oponga a la opinión del otro. Bien podría ser que yo fuera un ignorante y que puede que esté en el error, y que otro me muestre que es así. Eso podría inclinarme tal vez hacia la recepción de la verdad, pero no me sirve para conducirme hacia ella; no, sólo se consigue por medio de pruebas y argumentos, y gracias a la luz que difunde la naturaleza de las cosas mismas; sin embargo nunca a causa de su vergüenza, de mi ignorancia o de mi error”.

Por tanto, aunque los *ad verecundiam*, *ad ignorantiam* y *ad hominem* aparecían en la clasificación de Locke como

tipos de argumentos, queda claro que no son tales. Son pseudoargumentos o, como también decimos, falacias. Tienen el aspecto de argumentos, pero no son tales.

- Otras: La lista de falacias es larguísima. Es más, alguna de las que hemos visto admiten otras versiones.

Como la falacia *ad hominem*, que en su forma más habitual adopta la forma de mera descalificación. “Las informaciones que está dando el señor Simón no son creíbles porque es un españolista al servicio de los intereses del gobierno central” podríamos oír sin duda en algún medio de comunicación. O, “todo lo que dice el Dr. Trilla carece de valor. Es un médico más conocido por su adscripción a la causa del *procés* que por su trabajo epidemiológico”. Éstas podrían ser alguna perlas. Bajo la pretensión de haber un argumento que aporta razones, no hay otra cosa que una mera descalificación del adversario. Y da igual cuál sea el motivo de la descalificación: su ideología, su raza, su sexo, sus preferencias sexuales y un largo etcétera. En nuestro país, desgraciadamente, el rechazo del diferente muchas veces ha adoptado esa forma tan conspicua.

Una de las falacias más interesantes, entre otras razones por el tremendo desconcierto que produjo entre los filósofos cuando fue “descubierta”, fue la llamada **falacia naturalista**. Las circunstancias que rodearon su descubrimiento fueron sin duda bastante curiosas. Se suele atribuir al filósofo británico G.E. Moore su formulación, aunque 150 años antes ya aparecía “denunciada” en un texto del también británico David Hume. En su *Tratado sobre*

la naturaleza humana éste señalaba que.

“En todos los sistemas de moralidad con los que me he tropezado hasta hoy, he notado siempre que el autor procede durante algún tiempo razonando en la forma corriente y así demuestra la existencia de Dios o hace observaciones relativas a asuntos humanos. De repente, sin embargo, me sorprende encontrar alguien que en lugar de las cópulas habituales “es” y “no es”, descubro que no hay ninguna proposición que no encontremos conectada por medio de un “ha de” (“ought=debería”) o de un “no ha de”. Este cambio es imperceptible, pero es de gran importancia. Ya que como este “ha de” o “no ha de” expresa alguna nueva relación o afirmación, hay que tomar nota y es preciso que se explique y que, al mismo tiempo, se dé razón de aquello que parece enteramente inconcebible, es decir, de cómo esta nueva relación puede deducirse de otras que son totalmente distintas. Pero como, normalmente, los autores no usan esta precaución, me atreveré a recomendarla a los lectores. Y estoy seguro de que prestarle sólo un poco de atención arrinconará a todos los sistemas comunes de moralidad”.

Esta advertencia del filósofo británico ha sido demoledora, puesto que ha puesto en evidencia lo que dicen las dos últimas líneas de su cita: que prácticamente todos los sistemas de moralidad incurren en ella. No es lógicamente sostenible que de premisas descriptivas (las que tienen al verbo “ser” como cópula) se deduzcan conclusiones prescriptivas (las que tienen al “haber de ser” o al “deber” como conectiva. Pero tampoco lo sería a la inversa: llegar a conclusiones descriptivas desde premisas prescriptivas. Aunque esa falacia recibe otro nombre: **la falacia**

idealista.

Ejemplos de falacias en la crisis del coronavirus.

Este apartado queda como una propuesta de trabajo para los posibles lectores o lectoras de este texto. Se trata de identificar en la avalancha de noticias, informes, comentarios, artículos de opinión, etc, que nos están llegando estos días a propósito del coronavirus, aquellas que incurren en algún tipo de falacia. Sólo alguna pista: si habéis visto alguno de los vídeos que corren por la red a propósito del Capitán A Posteriori, no tardaréis en identificar alguna forma de falacia. Puede que no sea alguna de las comentadas hasta aquí, pero dejamos a vuestra iniciativa y ganas de indagar que completéis el listado para poder incluir esta perla. Otra pista: la tendencia al “porque sí”, al “porque lo digo yo”, o “porque lo dice la autoridad competente” también tiene que ver con alguna de las falacias denunciadas por Hume. Miradlo. En su forma más bestial, la de **falacia ad baculum**, adquiere forma de amenaza física.

Información veraz y fake-news. ¿Hay algún criterio para distinguirlas?

Con los instrumentos de carácter lógico aportados hasta aquí, ¿podríamos establecer algún criterio que nos permitiese distinguir las noticias veraces de las que son falsas, aun teniendo aspecto de veracidad? Propón los que tú consideres más efectivos y, en caso de que sea posible, acompáñalos de algún ejemplo.

Consejos para la supervivencia: la paradoja de vivir encerrados en un mundo virtual.

Este último apartado, que no es menos importante, pretende ser el lugar de encuentro entre el lector y el autor de estas páginas. Se trata de acordar a través de un diálogo el tipo de medidas, iniciativas, actitudes, recursos... que nos hagan más soportable este encierro inevitable. El propio enunciado (la paradoja de vivir encerrados en un mundo virtual) ya adolece de falta de rigor y enuncia sin tapujos alguna forma de paradoja. Pero claro, es lo que tiene el lenguaje ordinario, ese que usamos todos nosotros para expresarnos. Y cuando eso hacemos no nos limitamos a informar, argumentar, persuadir, disuadir... Hacemos otras muchas cosas y ahí está la gracia del lenguaje humano.